

EDUARDO BECHARA BARACAT

Creaturas del Mandala



EDICIONES DEL COPISTA



escarabajo

Corrección de estilo
Eduardo Bechara Navratilova & Jaime Echeverri
www.eduardobechara.com

Corrección gramatical
Mariana Graupera

Foto de tapa y solapa
Marcos Manzur

Fotografías interiores
Maria Lorena Rosales
Tessa Poncelet
Marcos Manzur
Hillary Smith

Diseño general
Mónica Zamudio Palacios
www.laagencia.net

© 2010, Eduardo Bechara Baracat
eduardo.bechara.baracat@gmail.com
www.eduardobechara.wordpress.com

© 2010, Editorial Escarabajo Ltda.
Bogotá, Colombia
www.escarabajoeditorial.com

© 2010, Ediciones del Copista
Lavalleja 47 - Of. 7 - X5000KJA Córdoba - República Argentina
www.edicionesdelcopista.com.ar

ISBN 978-958-97998-2-6

Queda hecho el depósito que prevé la ley

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida de forma total o parcial, ni registrada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor o la editorial.

Para Adela Magdalena Baracat,
de quien soy creatura.

Contenido

Prefacio	13
Atrarraya	21
Paseo al Puerto	25
Abracadabra.....	33
León Prolijov Mujerevich.....	39
Duro como el metal.....	43
El gobernador y su sonrisa	51
Historia de una máscara.....	57
El que pisa su sombra.....	65
Ajuste de cuentas	73
De Fenicios y Vikingos.....	81
El rescate del primogénito.....	95
El descubrimiento.....	101
Un abrazo a mi reflejo	107

por Eduardo Bechara Baracat y Eduardo Bechara Navratilova

*Ítaca te dio el hermoso viaje.
Sin ella no hubieras emprendido el camino.
No puede darte nada más.
Aunque la encuentres pobre, Ítaca no te engañó.
Tan sabio como te has hecho, con tanta experiencia,
Ahora ya habrás comprendido qué significan las Ítacas"*

Constantino P. Cavafis (1863-1933)



La cotidianeidad no cabe en las maletas cuando decidimos partir. Ni los seres, ni los objetos, ni los pequeños rituales. Ese bagaje que dejamos atrás, muchas veces nos define. Nos recuerda quiénes somos. Y además, está la cuestión del espacio. En este sentido, los hombres y los animales no somos tan diferentes. Cambien de patio a un perro adulto y lo escucharán llorar algunas noches seguidas.

Partir tiene una virtud rara. Es inevitable crecer en la lejanía. Las leyes que la gobiernan son diferentes y hay que aprenderlas chocando contra ellas. Crecer, es a veces más fácil sin el lastre de los prejuicios de quienes, sin quererlo, nos encierran entre las paredes de su propia visión. En la lejanía todos somos 'aliens', hasta que un día conquistamos sus calles, sus leyes y su pulso.

Corría el año dos mil ocho. Con mi amigo Marcos Manzur montamos una oficina de producción audiovisual. Editábamos videos de casamientos y soñábamos despiertos con las palabras que diríamos al recibir nuestro primer Oscar. Ese film mostraría al mundo una nueva forma de entender el humor, la muerte o la amistad. Nuestra oficina tenía treinta metros cuadrados. Comenzamos bien, pero debido a la catástrofe de la economía

argentina nos quedamos sin clientes en cuestión de meses. Habrá quienes piensen que no trabajamos lo suficiente, pero la realidad fue otra. Trabajamos soñando, con disciplina prusiana, mientras la crisis nos pasaba por encima.

Intentamos algunos proyectos. En uno, nos dedicamos a escribir una miniserie de trece capítulos sobre un terrateniente que compraba una provincia, con pueblos indios, capillas y escuelas incluidas. En medio de maldiciones, tragedias y asesinatos, se las terminaba devolviendo a sus dueños originales. Intentamos escribir un guión cinematográfico, donde nuestra tierra cordobesa de Deán Funes, se hacía famosa por su música, su bohemia y sus personajes. Tan pronto empezábamos, nos aburríamos. En algo éramos implacables: soñábamos con furia y sin asco. Iríamos de traje y de zapatillas a recibir el Oscar. Les daríamos de memoria las gracias a todos, porque eso de subir al escenario con un papel en la mano es de flojos. Sentíamos los aplausos, las mujeres coreaban nuestros nombres y nos veíamos dar el premio al hospital del pueblo. Recibiríamos las llaves del continente de mano de algún peso pesado, tipo Moctezuma, Maradona o Luis Ignacio Lula Da Silva.

Hasta que llegó el día en que tuvimos que pagar el alquiler. Cuando chequeaba nuestras cuentas en rojo, encontré el símbolo chino de la crisis en la parte de atrás de un diario viejo.

—Mirá Marcos —le dije—. ¿Podés creer que es el mismo símbolo de la oportunidad?

—Son chinos, los mismos que inventaron la pasta, no hay que subestimarlos —me contestó seguro de su respuesta.

Estar ahorcados no parecía ninguna oportunidad, pero nos hizo replantear nuestra posición en el mercado de la

producción audiovisual y en la vida misma. Puse el símbolo chino contra la pared, y dije:

–Acabemos con esta empresa, estamos remando mucho y avanzando poco.

–Pensé que no me lo ibas a decir nunca –contestó Marcos.

No fue matar un sueño, fue más bien como ponerlo en un freezer. Nos sentimos frustrados, eso sí. Alejandro Magno a los treinta años ya se había jubilado de conquistar el planeta, unificar imperios, comandar ejércitos y demás proezas. Él venía en su caballo Bucéfalo. Nosotros a su edad, no teníamos ni un matungo candidato a mortadela.

Vendimos las computadoras, cobramos los últimos trabajos y esperamos unos días antes de hacer alguna movida. Escribimos dos canciones malas, las grabamos, pensando que serían ‘hits’, pero caímos en el hueco del desasosiego laboral. Tanto tiempo en nuestras manos comenzó a afectarnos. Unos días después, lo llamé.

–Marcos, me ofrecieron restaurar una casa vieja en Bahía, Brasil. ¡Estoy enloquecido! –hice silencio y agregué–: ¿Querés venir?

–Está bien, vamos –confirmó a los treinta segundos.

El veinte de septiembre de dos mil ocho partimos desde Córdoba. En ese momento pensé que sería fácil. En el peor de los casos, seríamos dos perros aullando en un patio nuevo. Viajamos en las butacas trece y catorce de un ómnibus: el Crucero del Norte. Nuestro primer destino fue Río de Janeiro. Luego Ilhéus, Bahía. De ahí, teníamos un último traslado hasta llegar a Itacaré, el destino final. No hicimos cuentas sobre los kilómetros. Nos embarcamos sin preguntar mucho sobre el futuro. Mañana sería mañana. Ayer apestaba a olvido. Sólo nos queda-

ba subir las escaleras del ómnibus y esperar a que la vida nos tirara un centro.

Lorena, mi novia, y Azahar, mi hija de un año, vendrían un mes después. Primero quería estar seguro de que no se enfrentarían a serpientes venenosas, o vaya a saber qué eventualidad inmanejable. Una foto borrosa y de lejos mostraba la casa en la que viviríamos. Debíamos transformarla en un lugar que nos diera el sustento. Podía ser un bar, un restaurante, una casa de fotos, una peña, no lo sabíamos.

Si nos agarraba dengue, si nos secuestraban los narcos, si una 'Escola de Samba' nos ponía a trabajar de costureros, pegando lentejuelas bajo los efectos del opio en época de carnaval, debíamos tener una reserva mínima de dinero para las emergencias. Nos aventuramos sin seguro de salud, ni tarjeta de crédito. Partimos, impulsados por el viento deanfunense soplando a nuestra espalda y una ingenuidad a prueba de tempestades.

Nos montamos en esa bestia que exhalaba quejidos de hidrocarburo por la ruta nacional. Partir, fue como dejar en una mochila pedazos del viejo yo. El nuevo era mucho más liviano, a pesar de llevar la cuna, la guitarra y unas valijas. Miré por la ventanilla del ómnibus la geografía cambiante y vi los ojos de Azahar. Pensé en la vida y en la muerte. Desde que la tuve en brazos por primera vez, sentí que el mundo, esa bola ardiente de guerras, indiferencias, traiciones, y prensa amarillista, de pronto se convertía en un lugar cálido. Eran demasiados kilómetros los que nos iban a separar. A medida que nos aproximábamos a la frontera brasileña, las cosas comenzaron a no tener mucho sentido. La incertidumbre me aturdió al llegar a

Misiones. Tener miedo también es de hombres.

Para tranquilizarme, repetí unas palabras que le escuché a mi hermana Marisa: "Al saltar, aparece la red". Al principio sentí cómo saltábamos de una ruta a otra. De una provincia a otra. De un país a otro y luego saltamos a otra forma de vida. No hubo más invierno. Nos encontramos en una tierra de verano eterno y selva inconmensurable. Escalando paralelos nos acercamos a nuestro destino. Cuando llegamos saludamos a la tierra del cacao. Soltamos las maletas en medio de una calle polvorienta. El mar susurraba a veinte metros. Eso era lo que habíamos ido a buscar, después de cruzar medio continente.

Abrimos los seis cuartos de la casa. Rasgando las telarañas nos dimos cuenta que necesitaba mucho trabajo. Era el comienzo de un ciclo. Habría que darle mucho cariño para volverlo un refugio seguro. Una lluvia monzónica rompió nuestro silencio de inmigrantes perdidos. Comenzó a llover y llovió sin parar durante veinte días. Todo se llenó de moho, incluido el ánimo. Insultamos nuestra suerte, nos cuestionamos la vida, y nuestra decisión de llegar a este lugar. Habíamos saltado, pero la red no apareció. Aparecieron barbas desprolijas y miradas hurañas. Hasta que un día, salió el sol.

Pronto encontramos un lugar especial bajo un árbol de frutos extraños. Después supimos que era una yaquera. Los viajeros encontrarían allí confort, sombra y cobijo. Tuvimos la primera sonrisa. Comenzamos a soñar de nuevo. Esta vez, había que materializarlo con nuestras manos. Era un sueño de concreto, arena y madera. Comenzamos pintando las paredes. Luego construimos algunas camas, y una estructura de hormigón armado para apoyar un tanque de agua de dos mil

litros. Hicimos muchos arreglos de plomería y electricidad. Mucha gente nos ayudó a terminarla. Cuando Lorena y Azahar llegaron, nos sentamos en la mesa que Marcos diseñó con una madera desconocida y pesada, diferente al algarrobo o al ébano. A fuerza de cavar, hachar, serruchar y caminar durante tres meses, la casa se volvió habitable.

Pusimos la mesa bajo la yaquera de cuatrocientos años y como por arte de magia, comenzaron a aparecer los viajeros. Venían de todas las latitudes del planeta. Algunos parecían llegar del futuro y otros del pasado. Uno incluso vino en helicóptero. Habían esperado toda su vida a que este lugar se materializara. Nosotros los esperábamos, los invitábamos a entrar y escuchábamos sus historias entre café y café, o cachaça y cachaça. La red apareció. Empezamos a ganarnos el sustento.

Abrimos la Posada Mandala en la navidad de dos mil y ocho. Muchos viajeros entendieron que el mandala gigante de cien colores que Lorena había pintado en el frente, era una invitación para comunicarse y compartir. Algunos nos llevaron bien profundo dentro de sus mundos. Otros sanaron un poco su dolor. Unos más, modificaron su perspectiva. Todos, al final, nos volvimos más humanos y cambiamos al entrar en esa nueva dimensión. La Posada Mandala se convirtió en un puerto para las almas. Algunos nos contaron su pasado. Otros, lo inventaron. Cada quien tiene sus propias razones: su propia manera de exorcizar sus demonios.

Marcos, Lorena, Azahar y yo tuvimos el honor de ser anfitriones en un mundo de criaturas increíbles. Itacaré nos encontró. Es real, tiene sabor y sonido propio. Nos atrapó con sus

redes místicas. Sembró su semilla en nuestros corazones. Sin ella, este libro no existiría. Esa villa de ensueño nos dio todo lo que nos pudo dar. El lugar al que vamos se termina volviendo parte de nuestra alma. Ese es nuestro mandala.

Estos textos fueron escritos entre diciembre de dos mil ocho y julio de dos mil diez.

Eduardo Bechara Baracat

Agosto, 2010



Se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2010,
en Editorial “El Copista”,
Lavalleja N° 47, Of. 7, 5000 Córdoba,
República Argentina.

elcopista@arnet.com.ar - info@elcopistaeditorial.com.ar
www.edicionesdelcopista.com.ar

Tirada de la presente edición:
1.000 ejemplares



el copista

Lavalleja 47 - Of. 7 - Córdoba - Tel. 4215449